

EL PROBLEMA CHOMSKIANO DE LA ADQUISICIÓN DEL LENGUAJE

The purpose of the article is to establish the similarities and the differences between two linguistic trends: Ferdinand de Saussure's structuralism and Chomsky's generative grammar. The article highlights the social characteristics of Saussure's theory of language acquisition and the psychological characteristics of Chomsky's theory. Likewise, the article explains why Saussure is not an inductivist, conductivist or associativist, as Chomsky tried to designate him. Among the similarities is the impossibility of reducing the fundamentals of both theories to linguistic neo-positivism, and the possibility of establishing complementary relationships between them. The differences, actually, are quite slight. The relationship between the literal memory of the spoken and his semantic memory is discussed, as well as the function of both memories in the production of a text, allowing the producer to anticipate the global sense of the speech, before having expressed it in language. Consequently, a text study must consider projection and anticipation rules, since these rules not only carry information flow, but anticipate it before being produced.

Luis Núñez Ladevéze

Doctor en Derecho y en Filosofía y Letras. Licenciado en Ciencias de la Información y catedrático de la Universidad Complutense y vicedecano de esta Facultad. Fundador y primer jefe de la sección de Opinión de *Diario 16*. Editorialista de ABC. Director de Documentación de TVE y del Gabinete de Estudios de Análisis de Contenido de RTVE. Director del Gabinete de Comunicación de la Presidencia de las Cortes y asesor para asuntos informativos del presidente, Antonio Hernández Gil. Autor de los siguientes textos periodísticos: *Manual para Periodismo*, *Introducción al Periodismo*. Autor de los siguientes ensayos: *El dominio del tiempo*, *paradojas de la posmodernidad*.

En general, puede decirse de toda teoría que suele tener, junto a una parte que podríamos denominar *tética*, asertiva de sus propias tesis, otra parte de *crítica* de las teorías precedentes, concomitantes o rivales.

La parte *tética* (que es la innovadora o fundamentalmente asertiva) se compone, normalmente, de un conjunto de microproposiciones jerárquicamente ordenadas que, por un lado, dependen de generalizaciones de la experiencia y que, por otro, se ordenan jerárquicamente a partir de un conjunto de macroproposiciones fundamentales cuya validez o invalidez no depende directamente de la experiencia sino de su congruencia con la validez del conjunto de proposiciones ligadas jerárquicamente a ellas. Lo ideal de una teoría empírica sería que todas sus proposiciones pudieran derivarse directa o indirectamente de la experiencia. Se sabe, sin embargo, que esto no es posible, aunque no se sabe qué parte de la teoría ha de fundarse en conceptos no empíricamente fundamentados, trascendentes a la verificación empírica, ni tampoco se sabe en qué grado los conceptos que a veces se llaman «primitivos» han de incluir, a su vez, presuposiciones de tipo abstracto y teórico que reciben el nombre de «postulados». Lo que sí se sabe es que no hay modo de dar cuenta de las regularidades empíricas, si no se acepta un determinado componente tético constituido por conceptos no empíricamente fundamentados y algún tipo de postulados de los que depende la consistencia teórica del componente empírico de microproposiciones jerárquicamente subordinadas a los principios teóricos explicativos. Se plantea, entonces, el problema metateórico de cómo seleccionar los principios y los postulados que han de adoptarse por una teoría o de cómo rechazarlos. Parece obvio que la rivalidad entre teorías se puede reducir a una rivalidad entre principios y postulados y que dos teorías son rivales cuando parten de principios y postulados incompatibles.

Podemos adoptar como criterio normativo que estos principios fundamentales, que no pueden ser explicados empíricamente porque trascienden la experiencia, postulados téticos de la teoría, son válidos en la medida en que sean explicativos del objeto empírico sometido a análisis y sólo en esa medida. Por esta razón, es natural adoptar como

norma alguna variante de la denominada «navaja de Occam». Cuanto más simple y más extensa sea una explicación, más adecuada y universal será una teoría. Para que las macroproposiciones fundamentales sirvan de postulados y sean explicativas de las que dependen de ellas tienen que ser, al menos, compatibles con la verdad del conjunto microproposicional jerárquicamente subordinado. Esta es una primera respuesta al problema metateórico sobre los requisitos exigibles a un conjunto de postulados teóricos. Podría especificarse más: tantos postulados cuantos sean necesarios para explicar los hechos, pero los hechos serán tanto más científicamente explicados cuantos menos postulados se requieran para explicarlos.

Amparadas en esa hipótesis, hubo teorías que trataron de prescindir de postulados, ya que *presupusieron* (adoptaron como único postulado) que toda explicación podía ser empíricamente dependiente. El empirismo positivista fue una teoría de este tipo. Lo son todavía el inductivismo, el asociacionismo y, posiblemente, toda teoría reduccionista de tipo fisicalista o conductista. No habría problemas si resultara que los hechos pudieran, efectivamente, explicarse en términos asociacionistas, inductivistas y fisicalistas. Pero, precisamente, ese es el problema. En realidad, la discusión sobre si una teoría puede reducirse a ese planteamiento es, incluso, más que metateórica, filosófica. Por motivos muy diversos, hay quienes piensan que no es posible reducir los postulados a un postulado único de tipo positivista, y que una teoría que se base en la presunción de que se puede prescindir de lo imprescindible nunca podrá aspirar a la congruencia interna, ya que se basa en un enunciado metateórico filosóficamente inválido. De aquí que la actitud que se adopte sobre este supuesto incluya ya cierto contenido crítico respecto de las teorías rivales que partan del supuesto inductivista, fisicalista o asociacionista. Y viceversa.

La parte *crítica* consiste en negar la validez de las tesis contenidas en las macroproposiciones fundamentales de una u otra de las teorías rivales, sin que, por eso, se niegue la validez de las proposiciones dependientes de estas teorías (las cuales también pueden ser alternativas, al menos en su aspiración de ser explicadas

por un conjunto reducido de principios postulados). Esto significa que una tarea *crítica*, en tanto sólo sea negativa, no tiene generalmente compromisos asertivos sustantivos, ya que le basta con refutar lo ya puesto como aserción por otra teoría, para lo cual sólo necesita aserciones adjetivas o relativas sobre los motivos que invalidan la teoría cuestionada. Desde el punto de vista del esfuerzo intelectual, mostrar que una aserción es falsa es más fácil que lo contrario; asegurar que una afirmación es una regla válida congruente con un sistema de reglas y defender la congruencia de una tesis con el resto de las tesis es más comprometido que su contrario, criticar la congruencia de una tesis en el conjunto de una teoría. Ha de ser así porque sólo hay un modo de enunciar asertóricamente (poner), pero hay muchas maneras de negar un enunciado asertivamente puesto.

En general, todas las teorías críticas se limitan a la negación de enunciados o se caracterizan por el desarrollo de lo que podríamos denominar el contenido teórico destinado a la negación de teorías rivales y el escaso desarrollo dedicado a la afirmación de su propia teoría. Una teoría crítica se compromete poco con la descripción asertiva del mundo, excepto en aquello que necesita para negar la pretensión de validez de las teorías rivales. La *dialéctica negativa* de Adorno o la *teoría crítica* de la sociedad pueden ser ejemplos de este tipo de actitud. Por esto, puede decirse, con bastante probabilidad de acierto, que una teoría que sólo sea crítica no es positivamente científica y que la parte crítica de una teoría científica suele ser válida en lo que niega de las rivales y falsa en lo que afirma de sí misma. En general, lo que afirma de sí misma es lo que está destinado a ser negado por alguna otra teoría rival y, en suma, a ser conservado si resiste los ataques críticos de planteamientos contradictorios de sus tesis. Por eso hemos supuesto que la parte tética fundamental de una teoría es la específicamente renovadora, porque es la que la compromete como conjunto explicativo de una parcela del mundo empírico, mientras que la parte crítica, siendo necesaria, es menos relevante, ya que niega el compromiso adoptado por otra teoría rival sin que esa negación implique necesariamente un compromiso asertivo, explicativo o positivo con su objeto.

EL ESTRUCTURALISMO DE CHOMSKY Y EL ESTRUCTURALISMO
FUNCIONAL

El caso de Chomsky es particularmente singular. De su teoría no puede decirse lo que se suele poder decir de otras teorías. Particularmente, yo diría lo contrario. Es falso lo que critica de algunas que ataca como rivales, porque algunas de las teorías rivales censuradas no dicen todo lo que Chomsky asegura que dicen. Por ello a veces se confunde al creer que su teoría es completamente incompatible con el componente tético fundamental que otra teoría, a la que presuntivamente trata como rival, afirma. Aunque eso no significa que la teoría de Chomsky se confunda en lo que afirma de sí misma, ya que también es infundamentada la insistencia puesta en asegurar que esa otra teoría rival contradice o es incompatible con las macroproposiciones téticas fundamentales de su propia teoría. Me referiré concretamente al estructuralismo funcional. Y anticiparé que trato de mostrar que la noción chomskiana de «facultad lingüística» no es una noción rival de la de «lengua» de saussureana, lo que significa que pueden ser compatibles.

De creer a Chomsky, el estructuralismo y el funcionalismo europeo serían ejemplos de teoría conductista. Trataré el estructuralismo y el funcionalismo como un todo, pues, aunque hay diferencias importantes, coinciden en aspectos decisivos y, por lo demás, las variantes no suelen contradecirse sino que suelen consistir en desarrollos distintos de un mismo patrón de ideas fundamentales. Además, hay correspondencias y comunicación entre unos y otros planteamientos estructuralistas y funcionales. Para concretar más, no veo que haya incompatibilidades profundas, sino más bien desarrollos diferentes con congruencia en lo fundamental, entre Jespersen, Martinet, Halliday y la Escuela de Praga. Pues bien, Chomsky trata este conjunto, exceptuando a Jespersen, como una manifestación más del asociacionismo lingüístico, del conductismo y del inductismo o, en el mejor de los casos, como precedentes no desarrollados (y, por ende, no desarrollables) de su propia teoría. Sin embargo, el estructurofuncionalismo ni es conductista, ni es asociacionista ni es

inductivista ni tiene por qué considerarse como un precedente, incapaz de evolucionar, del generativismo chomskiano.

No es conveniente confundir el concepto de signo de Bloomfield (o de Skinner), que es expresamente conductista, con el de De Saussure, que es expresamente diferencial e internamente incompatible, en su formulación, con el conductismo y con el inductivismo. Chomsky no incurre expresamente en el error de confundir el planteamiento conductista de la significación de Bloomfield con el concepto de signo de De Saussure, porque nunca hace referencia a la concepción semiológica de la significación. Pero, desde *Aspectos*, siempre que se refiere a la teoría de De Saussure la enjuicia como si fuera una teoría conductista, aunque obviamente no lo sea. Otra cosa es que De Saussure, en cuyas aserciones no son todas ellas compatibles con sus macroproposiciones teóricas fundamentales, o lo son, a veces, de un modo no plenamente congruente (lo cual ocurre a toda teoría en tanto constituye una relación perfectible entre elementos significativos), apelara a la analogía y a la asociación en términos vagos y genéricos. Recurría a una explicación sociologista muy propia de los estereotipos filosóficos de la época; pero esa explicación no es inherente al núcleo central de su teoría (más bien, es poco compatible con él), el núcleo que hoy todavía podemos considerar impulsor y válido, aunque resulte, en parte, difícil de aislar.

Este núcleo central se refiere a la noción semiológica de *signo como unión arbitraria de significante y de significado* (y no como un significante o forma que estuviera en lugar de un fenómeno preexistente del mundo, el significado, según la concepción neopositivista del signo) y a la de *lengua como sistema de relaciones internas entre elementos*, que no son inventados por el sujeto hablante sino previos a todo uso particular, pero efecto de la interacción o uso colectivo. Conste que Chomsky hace alguna vez referencia a parte de ese núcleo, en general, la noción de lengua, y no tiene menos que admitir su consistencia, como cuando dice en *El conocimiento del lenguaje: (Knowledge of Language)*: «It should be noted that familiar characterizations of 'language' as a code or a game point correctly toward I-language, not the artificial construct E-language. A code is

not a set of representations but rather a specific system of rules that assigns coded representations to message-representations. Two codes may be different, although extensionally identical in the messagecode pairings that they provide. Similarly, a game is not a set of moves but rather the rule system that underlies them. The Saussurean concept of *langue*, although far too narrow in conception, might be interpreted as appropriate in this respect» (p. 31).

LA FORMACIÓN DE LA *LANGUE* EN EL NIÑO

Aunque no quede claro por qué el concepto de lengua resulta «demasiado estrecho», podemos indagar algunos motivos. **Primero**, claro está, no coincide exactamente con el de competencia chomskiana, aunque, a decir verdad, tras los recortes a que se ve sometido el que en *Aspects* se denominaba «componente transformacional», la competencia chomskiana se parece cada vez más a la *lengua* de saussureana. Como vemos, no hay dificultades internas que conduzcan a una consideración más complementaria que antitética entre *lengua* y *competencia*. Se puede concebir, y no hay en ello abuso ninguno, que la noción social de lengua presupone, sin incongruencia, que cada sujeto de la comunidad ideal de hablantes esté provisto de una facultad, idéntica en todos ellos, cuya actividad tendría como función aplicar procesos psicológicos innatos para reconocer, reproducir y asimilar los esquemas a partir de los cuales la lengua se organiza como un sistema de dependencias internas previo a todo uso particular a partir del uso colectivamente transmitido por los procesos de interacción social; y que, justamente, porque esa facultad es innata y común, los esquemas de organización de los elementos de la lengua son similares y comunes en todas las lenguas. La *lengua* de saussureana, de acuerdo con este punto de vista, no es incompatible con la 'postulación' de una facultad psicológica individual, que en Jespersen es expresa. Otra cosa es que, para desarrollar su noción de *lengua* en los términos en que lo hizo, De Saussure no necesitara «postular» tal facultad psicológica. Pero, incluso en el *Curso*, se advierte una interna tensión no resuelta entre una consideración psicológica y una consideración sociológica de la *langue*.

Yo creo que es obvio, y que tiene razón Chomsky en su insistencia sobre que no puede explicarse el producto lingüístico, ni siquiera un sistema de reglas concebido como una lengua de saussureana, si no se presume que también hay una *facultad lingüística*, es decir, una predisposición innata específica de una especie animal concreta, probablemente determinada genéticamente, que la capacite o biológicamente la determine a hablar. Cierto es que el sociologista. De Saussure nunca habló de esta facultad, pero eso no significa que la noción de lengua no la presuponga o sea incompatible con su existencia. Así, dice De Saussure: «La lengua no está perfectamente más que en la masa», y añade: «Es la parte social del lenguaje exterior al individuo»; pero también dice que es «el producto social depositado en el cerebro de cada uno». No dice nada, sin embargo, sobre cómo se «deposita» o cómo adquiere u organiza «cada cerebro», ese «producto social» para asimilarlo y hacerlo suyo. Y esto, naturalmente, no puede hacerse por sí sólo: se requiere algún tipo de actividad por parte del «cerebro». ¿Por qué se organizan los escasos datos que recibe el cerebro individual como un sistema de elementos que determinan la estructura de una lengua?, ¿por qué el cerebro de cada individuo organiza un sistema de lengua que no es distinto del que organizan los demás miembros de la comunidad?, ¿cómo es posible que el uso lingüístico de la misma lengua genere productos diferentes? Tales preguntas son legítimamente formulables en un marco de saussureano y, casi podría decirse, necesariamente implicadas en el punto de vista semiológico. No difieren de las que, según Chomsky, son las «tres preguntas básicas» que una teoría lingüística debe plantearse sobre «el conocimiento del lenguaje», a saber

« (i) What constitutes knowledge of language?

(ii) How is knowledge of language acquired?

(iii) How is knowledge of language put to use? » (id.5)

Que la *lengua* (en sentido de saussureano) es un sistema de dependencias invita a pensar que el cerebro no procede

inductivamente coleccionando y «almacenando» analógicamente los datos que percibe durante su proceso de aprendizaje a través de la conducta lingüística ajena. Aunque Chomsky insiste en que ese es el modo como De Saussure debería considerar el proceso de adquisición de la lengua, nada corrobora esa suposición y son muchas las ideas expuestas por De Saussure que invitan a pensar que el proceso es más bien deductivo, basado probablemente en algunos principios generales muy abstractos. La hipótesis fundamental más acorde con los hechos empíricos que requieren explicación teórica presupondría que el niño construye una lengua rudimentaria que va enriqueciendo paulatinamente a medida que el aprendizaje avanza. *Construir individualmente una lengua* significa lo siguiente: el niño no va induciendo analógicamente reglas léxicas o sintácticas a partir de datos obtenidos a través de su experiencia con los hablantes adultos, sino que va organizando los datos *ab initio*, como un sistema lingüístico, de saussureano o glosemático, por ejemplo; va produciendo una *lengua*, una estructura cada vez más compleja, quizá por aplicación de algunos principios muy abstractos de naturaleza estructural (o sea, regulativos y no inductivos), que se manifiestan como funciones sintácticas.

Esto significa que la distinción entre semántica y sintaxis pertenece solamente al grado de abstracción adoptado por el teórico, y que, en suma, la sintaxis no es más que una zona, la más abstracta, de la significación, objeto de estudio de la semántica. Para De Saussure la diferencia entre el «hecho sintáctico» y el «hecho lexicológico» es de grado, no de naturaleza, al contrario de lo que suponen los lógicos neopositivistas. Esta es la hipótesis básica: «El principio fundamental es que la lengua constituye un sistema, cuyas partes están unidas por una relación de solidaridad y de dependencia. Este sistema organiza unidades -los signos articulados- que se diferencian y delimitan mutuamente. La doctrina estructuralista enseña el predominio del sistema sobre los elementos». (E. Benbeniste *Problemas de lingüística general*. 4a ed. Siglo XXI, 1974, 98. Gallimard; París, 1966).

Decir que el niño ordena sus experiencias en la forma de un sistema que va organizando en su cerebro es lo contrario de decir que

el niño aprende a organizar un sistema a partir de las experiencias de los elementos. Esto segundo supone que los elementos son previos al sistema organizado cuando el estructuralismo consiste en lo contrario, en afirmar que no puede concebirse un elemento que no forme parte de un sistema. No hay posibilidad de que el niño aprehenda el significado de una palabra de modo aislado, como respuesta concreta a un estímulo concreto; al tiempo que aprende un significado del que tiene una experiencia aislada aprende a construir un sistema reorganizando, con la experiencia concreta añadida, la poca experiencia que ha adquirido. Tanto el neopositivismo lógico como el conductismo supusieron, al contrario, que los significados de las palabras son reglas definidas y por ello, aislables del sistema sintáctico que las organiza.

Aunque esta hipótesis no es explícita en De Saussure, sí lo es en Jespersen a quien Chomsky trata siempre con gran deferencia. No advierte, sin embargo, que el concepto de signo de Jespersen es tan funcional como el de saussureano. Jespersen habla, expresamente, del modo como el niño construye el producto lingüístico, no a través del hábito de aprender memorísticamente «expresiones fijas», sino mediante la aplicación de reglas que le permiten producir «expresiones libres». Esta observación no conduce necesariamente a la sintaxis chomskiana sino a la distinción entre memoria literal y memoria semántica. Pero, Jespersen es, además, más explícito aún que De Saussure en la identificación de la sintaxis con la semántica. La sintaxis es, para Jespersen como para De Saussure, la organización abstracta del significado en el sistema de la lengua. Como ciencia, la sintaxis estudia la función significativa. La diferencia entre sintaxis y léxico es una diferencia entre las estructuras fijas o generales de la lengua -sintaxis- y las partes variables o concretas -el léxico-. Pero ambas son de naturaleza semántica. Insistiremos sobre este aspecto más adelante.

Aunque no Jespersen, el estructuralismo de saussureano olvidó adscribir un sujeto al verbo «organiza» (que subrayé en cursiva en la cita de Benbeniste). Cierta filosofía estructuralista inspirada en el estructuralismo lingüístico llegó a suscribir que los sistemas de ideas y

creencias se organizan independientemente de los sujetos que los comparten. Por tal motivo se llegó a decir que el estructuralismo era una especie de kantismo que había prescindido del sujeto trascendental. Evidentemente, esa ideologización del planteamiento estructuralista es errónea y no creo que hoy haya quien la sostenga. Pero basta con adscribir un «sujeto» al verbo «organiza» para que, sin rectificar los supuestos fundamentales del estructuralismo, la meritoria insistencia chomskiana sobre los procesos de la adquisición del lenguaje pueda ser asumida en una teoría lingüística estructurofuncional como, en lo principal, era la de Jespersen.

En algún lugar expuse ejemplos de cómo efectivamente ese es el planteamiento adoptado por quienes han expuesto el problema de la adquisición del lenguaje desde una perspectiva estructurofuncional: el niño construye u organiza, a partir de datos empíricos muy limitados, un sistema de lengua en su cerebro. Eso no significa que construya más de lo que recibe, porque el sistema de lengua del niño es limitado hasta que no esté construido. Lo que significa es que no procesa los datos inductiva sino constructivamente, que proyecta reglas de organización estructural sobre los datos que recibe, o que concibe cada dato como una instrucción organizadora, como una regla que ha de proyectar sobre el mundo tanto como necesite interpretarlo, y necesita interpretarlo tanto global como perceptivamente. El todo va estructurándose en partes, a medida que va enriqueciéndose de partes, y las partes van definiéndose como partes, a medida que van estructurándose en el todo. Eso no es lo mismo que decir que el niño concibe cada experiencia particular como un estímulo que haya de asociarse a otro para inducir una regla. Y puesto que concibe los datos como reglas de articulación de un conjunto sistemático, no puede sorprender que una lengua pueda organizarse sin tener experiencia de todos los datos, ya que, hablando en rigor, no existen datos ni estímulos aislados sino reglas que van especificándose a medida que aumentan la experiencia y la utilidad.

Como el lenguaje, además de ser un fenómeno psicológico, es un hecho social, el niño puede, cuando su padre o su madre usa una palabra, construir mentalmente una hipótesis sobre el campo correcto

de aplicación de la palabra que se usa. Como, obviamente, ningún individuo -y menos el niño- puede predecir los casos en que una palabra es aplicable o será adecuadamente aplicada por otros individuos, sólo puede construir una expectativa acerca de lo que es su aplicación correcta. Entenderá que la palabra es una instrucción acerca de qué debe entenderse por ella, pero sólo podrá entenderla *proyectivamente* (Strawson) como expectativa de cómo esa instrucción será aplicada por los demás miembros de su comunidad de lengua. Es natural pensar, entonces, que la lengua, estudiada como fenómeno psíquico, se adapte a las exigencias de la lengua estudiada como hecho social, y viceversa. Por tanto, podemos suponer que el sistema de lengua, que es la resultante por interacción «del producto social depositado en el cerebro de cada uno», según la expresión de De Saussure, está en la mente de modo que pueda ser ejercitado por las facultades psíquicas en la manera en que son requeridas por las exigencias sociales.

Si un hablante no puede predeterminar con qué delimitación va a ser usado por otro hablante un término léxico, es inútil pensar que un término léxico pueda ser interpretado como si respondiese a una definición de diccionario. Esto, evidentemente, no tiene sentido. Sin embargo, es obvio que el hablante lo usa como una regla. Esto significa que la regla no puede ser analizada en extensión o campo de aplicación referencial y comprensión, o conjunto de notas. Esto no puede ser así, porque un conjunto de notas y un campo referencial de aplicación son una definición de un término. Si fuera así, el hablante debería tener una definición literal de modo parecido a como un término es introducido en una computadora por una determinación de su comprensión previamente definida en el código. Es decir, no tiene sentido estudiar el contenido de un término como un conjunto de postulados de significado al modo como lo intentó hacer Carnap. Así, pues, el término léxico es una regla de significado aplicable a la experiencia cuyo uso es previo a su definición. Esto puede parecer sorprendente pero, si se piensa algo, se verá que es el único modo de explicar los hechos. En cierto modo, ya lo sentenció Platón cuando en el *Cratilo* afirmó que «se imponen nombres a todas las cosas precisamente en cuanto traídas y llevadas, fluyentes y devinientes».

Hágase el sencillo experimento de solicitar a un grupo indeterminado de hablantes que elaboren por separado y privadamente una definición de cualquier palabra léxica que se elija, sea familiar, común, abstracta, concreta, especializada o jergal, y se comprobará que no hay correspondencia entre las definiciones de las palabras. Sin embargo, es obvio que cada uno de los hablantes comprende el significado de la palabra y sabe usarla de modo regular y uniforme. También es obvio que si los hablantes conocieran o registraran las definiciones del modo como aparecen en un diccionario, tendrían que poseer un tipo de memoria, que llamaré *literal*, pero que evidentemente nadie posee. La memoria de la *langue* sería un archivo de definiciones. Sin embargo, también es obvio que los hablantes recuerdan las palabras y saben usarlas significativamente. Por tanto, el tipo de memoria que interviene en la conservación de la lengua y es aplicada para el uso del lenguaje es, en muy poca medida, la memoria literal. La denominaré memoria sintáctica. Y la hipótesis que sugiero es que la memoria sintáctica es el tipo de registro adecuado al uso social del lenguaje y que ninguna hipótesis explicativa sobre el tipo de registro puede dar cuenta de la *regulada versatilidad*, términos aparentemente inconciliables, del uso lingüístico de una palabra. Si un hablante no puede prever el uso que otro puede hacer de la palabra que usa, no es necesario que el significado de una palabra sea conservado como habría de serlo si exigiéramos que nuestra facultad memorista fuera del tipo que he denominado literal.

Se puede avanzar más en la explicación. La memoria sintáctica se limita a la conservación en la mente de las «estructuras fijas» de la lengua: estructuras sintácticas. El objeto de esta memoria es de naturaleza semántica, aunque muy abstracta. Se refiere a cómo la lengua está depositada en el cerebro de cada uno. Podemos distinguirla de la memoria productiva, memoria textual, de corto, medio y largo plazos que se refiere a la conservación de las relaciones sintácticas de los productos lingüísticos que son actualizaciones combinatorias de los elementos de la lengua. Obviamente, la capacidad para retener en la memoria la expresión literal de un producto lingüístico o textual es muy limitada. Al cabo de unos segundos, somos incapaces de reproducir literalmente el comienzo de

una conversación o de un discurso, pero somos capaces de recordar el tema y de, a través de nuestras propias palabras, reproducir lo que se dijo de modo distinto de como se dijo o se leyó.

Este tipo de memoria que calificaré de «textual» es exactamente lo que se requiere tener para que nuestra capacidad de memoria literal, en sí misma limitada, no se sature a causa de la acumulación de información. Diríase que es una facultad que aplica la «navaja de Occam» de un modo práctico espontáneo, no teórico, como dirigida por un imperativo de autorregulación, que satisface reglas orientadas a eliminar la redundancia y preservar la información pertinente. Entonces, puede decirse que la memoria, activada por estímulos externos y aplicando reglas innatas de naturaleza lógico formal, genera un proceso de eliminación de lo anecdótico, lo casuístico o superfluo para la retención de lo regular y semánticamente pertinente. El mecanismo puede incluir no sólo los principios de la lógica formal, acaso también algunos estrictamente lingüísticos o, mejor dicho, sintácticos, y, por ello, de naturaleza semántica muy abstracta. Pero eso es hipotético. Lo importante es que el modo como se deposita la lengua en el cerebro de cada hablante responde a un proceso o regla de economía, y nuestra mente aplica de modo espontáneo o instintivo recursos regulares para retener la información esencial, tanto en lo relativo a la conservación de la lengua en la memoria como en lo relativo a la generación de productos lingüísticos. Esto ocurre en el nivel más abstracto, el de la asimilación y conservación memorística de la lengua, y en el más concreto, en el de la producción de textos. Ahora que disponemos de un criterio para interpretar el sentido que ha de darse a la noción de aplicación de una regla sintáctica, podemos pasar a examinar el otro aspecto del debate.

EL SIGNIFICADO DE «ASOCIACIÓN» EN EL ESTRUCTURALISMO FUNCIONAL

Segundo, y más rigurosamente, porque Chomsky observa, y no está descaminado al decirlo, que en el de saussureanismo «the notion of sentence was left in a kind of limbo, perhaps to be accommodated within the study of language use» (id.19). En esto tiene razón

Chomsky, pero no la tiene en prescindir de cómo el postsaussureanismo se distinguió por el énfasis en matizar, rehacer y reducir a proporciones que, siendo adecuadas con respecto de las proposiciones fundamentales de la teoría, permitieran enlazar los términos escindidos por la radical dicotomía saussureana entre *langue* y *parole*, reduciéndola a una distinción analítica, gradual y teóricamente comunicable. De Saussure, como Hjelmslev, preocupados por el estudio de la lengua o, en terminología glosemática, del *sistema*, se desentendieron del uso, tal vez porque les faltó (o no se ocuparon de elaborarlo porque, para el desarrollo práctico que entonces era posible de su marco conceptual, inevitablemente limitado, no les era necesario) un concepto que permitiera el enlace entre ambos.

Este concepto entiendo que no es exactamente el de oración, como parece sugerirse una y otra vez en la obra de Chomsky, que también es, en sí mismo limitado, pues con esta noción se deja en una especie de «limbo» a los productos lingüísticos socialmente relevantes, como actos de habla, discursos y textos, tal vez para acomodarlos dentro del estudio de la *actuación*. Este concepto es el de «coherencia global», estudiado principalmente por Van Dijk, que tampoco Chomsky incluye en su elenco de nociones teóricas principales. Desde el punto de vista práctico, se puede entender que se trata de abrir la noción de *lengua* a la de práctica lingüística de manera que, dentro de un mismo marco teórico conceptual, los productos lingüísticos puedan ser estudiados no como algo distinto y desgajado de la lengua, sino como lo que son: productos de una lengua que se aplica y se usa para elaborarlos.

Prescindimos ya de comentar lo relativo a la concepción semiológica de la significación para insistir algo más en algunos aspectos inherentes a la noción de lengua, como el concepto de «asociación», y dejaremos para otra ocasión el estudio del producto lingüístico concebido como unidad de coherencia.

Según Chomsky, la explicación que el estructurofuncionalismo hace de cómo un niño aprende una lengua es de tipo inductivista,

asociacionista y conductista. Tiene razón en decir que el problema de cómo el niño aprende a hablar una lengua no se plantea, en general, a fondo, como una de las cuestiones principales, por parte de las teorías estructurofuncionales. Aunque esto pueda ser cierto, para un punto de vista general, no lo es si nos ocupamos, por ejemplo, de la obra de Jespersen o de la de Halliday. Pero no tiene razón Chomsky en reducir el funcionalismo a un conductismo de tipo asociacionista, aún, a pesar de la importancia que el concepto de «asociación» tiene en De Saussure. Como éste no es un asunto menor para la indagación que nos proponemos realizar, le dedicaremos un comentario particular.

El concepto de «asociación» lingüística de De Saussure no se refiere al aprendizaje por analogía que estimulara a un niño a hacer un producto lingüístico imitando otro producto, como ocurre en el expreso planteamiento teórico aceptado por Bloomfield. No es, pues, inductivo ni conductista. Es, más bien, psicologista. Se refiere al modo como la lengua está «depositada en el cerebro de cada uno» y al modo como el individuo relaciona los elementos de ese «depósito» para seleccionarlos al producir combinaciones sintagmáticas. Tal vez «asociación», o «relación asociativa», como denomina De Saussure a esa actividad, no sea un término adecuado. De hecho, otras teorías estructurales, como la glosemática, no lo utilizan. Hablan, más bien, de funciones paradigmáticas: «objeto de análisis dentro de un sistema semiótico», o *lengua*, en contraposición a «objeto de análisis dentro de un producto semiótico», o texto (L. Hjelmslev. *Prolegómenos*).

La denominada teoría de los «campos léxicos» está directamente vinculada a esta noción de saussureana de «asociación». Según esta teoría, el léxico está constituido por instrucciones semánticas regulativas pero descomponibles y tan abstractas, que no parecen distinguibles de las reglas abstractas de la sintaxis. Es decir, que el léxico está constituido por instrucciones sintácticas regulares. Ahora bien, la noción de «asociación» tiene una ventaja respecto de otras usadas en la misma tradición. Es expresamente psicologista (aunque la teoría de De Saussure es de factura sociológica), mientras que en otras teorías se afronta la lengua de un modo objetivado, como un sistema de relaciones cuyas funciones pudieran estudiarse independientemente

de que sólo son activas y reales como resultante de los usos que de ellas hacen los sujetos que las utilizan.

Cuando De Saussure habla de «asociación» se refiere, por tanto, a un tipo de función que relaciona dentro del sistema de la lengua a unos elementos con otros en cuanto forman una estructura relacional, y al modo psicológico como el individuo reconoce esas relaciones entre los elementos de la lengua que aprende, a la vez que organiza su cerebro como la suya. La mente no aprende, pues, la lengua por mimetismo o inducción, sino que aprende a organizar los estímulos escasos que recibe como una lengua estructurada, sin que pueda tener experiencia inmediata o directa de la estructura interna de, ni de la relación de coherencia entre los elementos de la lengua que organiza. El cerebro que posee una lengua, o sea un sistema de elementos significativos estructuralmente relacionados, ha de ser capaz de distinguir entre las sutiles diferencias que delimitan las funciones semánticas de cada elemento del sistema. Por eso, se suele decir que la lengua es un sistema de «diferencias». El modo como cada cerebro aprecia las diferencias del «sistema» que ha internalizado como su «lengua» nada tiene que ver con la explicación del proceso de aprendizaje por imitación asociativa.

El niño construye su sistema de forma que, cuando usa un elemento, lo asocia mentalmente a su lengua, distinguiéndolo de los que no usa. No se trata, por tanto, de una asociación de experiencias o entre productos lingüísticos que el niño oye enunciados por otras personas. O sea, no se dice que el niño aprenda a hablar asociando un producto lingüístico a otro a través de algún criterio o analogía, como puede desprenderse de una teoría del lenguaje de tipo quineano, o mediante un mecanismo de estímulo y respuesta, más o menos pavloviano o bien bloomfieldiano, y aunque tampoco se pronuncie expresamente por descartarlo, habría que examinar la doctrina a la luz de los principios de una y otra teorías para comprobar cuál es más congruente con el supuesto estructural.

Mas, cuando De Saussure habla de «asociación», se refiere a la que el hablante establece entre los elementos de una lengua

preexistente o concomitante en su memoria sintáctica con su ejercicio particular del habla. Al producir o interpretar una combinación sintagmática de elementos de lengua, el hablante asocia los elementos elegidos a todos los elementos del mismo campo semántico que la elección excluye y, a través de ellos, a toda la lengua. Cómo la limitada memoria literal del hablante puede poner en relación todos los elementos de la lengua en cada instante de la producción del habla es algo que no puede explicarse en términos asociacionistas, ya que no hay modo de tener presente en la mente en cada selección lingüística el sistema léxico completo, como habría de ocurrir si la memoria del sistema de lengua fuera literal. Por tanto, la producción del lenguaje no puede depender de la memoria literal, ya que nuestro conocimiento del lenguaje no puede ser actualizado en su conjunto cada vez que lo usamos. Y, sin embargo, ese es el modo como funciona o, al menos, como el funcionalismo estructural dice que funciona el proceso asociativo. Y no puede funcionar de otro modo, para que los elementos de los productos lingüísticos sean regulares en el tiempo. Que han de ser regulares es indudable: el hecho es que lo son, pero también es necesario que lo sean, si el hecho es que conseguimos entendernos mediante un sistema de reglas definidas cuyas definiciones nadie ha determinado.

De aquí que haya que buscar algún modo de explicar lo que, en términos de asociacionismo conductista y de memoria literal, no puede explicarse. Por eso, se dice que el sistema de lengua está *virtualmente* en la mente en cada acto de habla y que el significado de las palabras es una regla virtual y proyectiva, y no actual y predefinida. Si este es el modo como se produce o se interpreta un sintagma, podemos suponer que cada vez que el niño tiene una experiencia lingüística no asocia un elemento a otro análogo que retuviera en la memoria a través de una experiencia anterior, sino que pone en tensión todo el sistema de lengua que ha construido para identificar el elemento adecuado a su necesidad expresiva o interpretar el elemento producido por la actividad ajena. Por eso, para el niño cada experiencia lingüística es procesada constructivamente. Construye un sistema abstracto de instrucciones, que se va enriqueciendo a medida que va progresando su experiencia lingüística.

Si hay una actividad constructora más que inductiva, cabe suponer que la explicación estructural de la lengua es más compatible con un postulado de tipo racionalista que asociacionista.

El «asociacionismo» de De Saussure no es sólo inductivo sino principalmente productivo. Si lo referimos al proceso de aprendizaje, lo que De Saussure podría decir es que a través de su limitada experiencia lingüística el niño aprende a *construir* una lengua, y justo porque *construye* una lengua es capaz de aplicarla a situaciones nuevas. Cuando ese proceso se ha consumado, pues la lengua ya está construida en lo necesario para las situaciones comunes o familiares de la vida, el hablante puede añadir nuevos elementos aplicables a situaciones específicas y diferenciales. Por eso, una vez aprendida una lengua, es posible extenderla a ámbitos particulares, a través de recursos específicos -una terminología científica, por ejemplo-, para satisfacer necesidades específicas del conocimiento propias de hablantes con intereses cognoscitivos particulares. Este mecanismo de asociación constructiva no tiene nada que ver con la inducción de productos lingüísticos. No se plantea De Saussure, en suma, el problema de cómo se aprende una lengua. Esto podrá ser o no una limitación fáctica, pero no lo será teórica si su propio marco conceptual invita a que deba plantearse como incitación congruente con sus macroproposiciones fundamentales, sin que por ello se vea resentida la consistencia de ese marco tético fundamental. Y creo que este es el caso.

En suma, en la teoría de saussureana, el niño aprende a organizar la experiencia de la lengua como un sistema de regulaciones, probablemente simultáneo a como organiza un mundo complejo a partir de un limitado conjunto de percepciones, pero no pasa a inducir una sintaxis a partir de productos lingüísticos concretos. Probablemente, el niño aprende, a través de sus experiencias diversas y fragmentarias, a percibir que los productos lingüísticos responden a propiedades formales determinadas por la necesidad de dotar a la interpretación de un sentido unitario provisto de coherencia global (para que el conjunto sea interpretable como unidad) y de coherencia lineal (para que las relaciones combinatorias de los elementos en la

cadena hablada o escrita sean analíticamente interpretables). Se puede formular como hipótesis básica que cuanto más exigente o más gramatical sea la relación de coherencia lineal más facilitará la interpretación del conjunto. Y a la vez, aprende a captar que los productos están provistos de ciertas propiedades (en eso consiste que sean interpretables), aprende a organizar los elementos de la lengua de modo tal que, al usarlos, los productos lingüísticos satisfagan esas propiedades de coherencia que, de alguna manera, percibe y para las que, de alguna manera, está genéticamente facultado para percibir.

Se puede observar ahora que las dos propiedades esenciales de los productos lingüísticos -coherencia lineal y coherencia global- son correlativas con las dos propiedades fundamentales del sistema lingüístico «depositado» en nuestro cerebro. La coherencia global del producto se corresponde con el sentido global del sistema, y la coherencia lineal, con las relaciones que cada uno de los elementos del sistema tiene con los demás. De ese modo, la organización sintáctica de la lengua se transforma en relaciones sintácticas de coherencias lineal y global en el producto lingüístico. De paso, no está de más apreciar que Platón, en varios de sus *Diálogos*, pero de modo especial en el *Fedro*, fue el primer pensador en enunciar expresamente que los productos lingüísticos responden a propiedades de coherencias lineal y global.

LÉXICO Y SINTAXIS EN EL LENGUAJE NATURAL

Como se desprende de esta explicación, no hay, para De Saussure, una oposición tajante entre léxico y sintaxis. La sintaxis es la organización de la lengua y el léxico forma parte de la lengua organizada. El léxico se organiza sintácticamente; de aquí que la oposición entre sintaxis y léxico, en una teoría funcionalista y estructural, sea de tipo gradual. Como, por lo demás, Chomsky ha ido reduciendo cada vez más el contenido del componente transformatorio, de manera que el número de reglas o instrucciones de la GU ha sido limitado a un mínimo de principios abstractos, la asimilación entre un planteamiento funcional y un planteamiento

generativo se hace menos dificultosa. Chomsky ha puesto, no obstante, durante tiempo, tanto empeño en explicitar las diferencias entre su punto de vista y los precedentes, que consiguió convencernos de que su teoría era, realmente, diferente de todo lo que anteriormente se había escrito y expresamente incompatible con el de saussureanismo estructural. Pero esa apreciación es exagerada. Sólo basta comprender que De Saussure no puede explicarse sin referencia a alguna facultad psicológica de la lengua para que las ideas se asimilen aún más de modo que resulten entre sí más congruentes de lo que Chomsky se presta a admitir.

Como no podía ser menos, simultáneamente a como fue reduciendo el componente transformatorio, Chomsky fue progresivamente ampliando las propiedades inherentes al léxico, de modo que las características del lexicón se parecen ya muy poco a las que originalmente se supusieron en la teoría transformatoria. Sus ideas primeras sobre el léxico procedían de los esquemas propuestos por los neopositivistas empeñados en utilizar el lenguaje lógico formal como un modelo para el perfeccionamiento del lenguaje natural. Aunque justamente este es el punto de vista que Chomsky, con razón, objeta, su modo inicial de afrontar la constitución del léxico era neopositivista.

En *Estructuras sintácticas* y en *Aspectos* se invierte la relación neopositivista entre lenguaje formal o lógico y lenguaje natural: el lenguaje natural, un sistema mucho más complejo que cualquier lenguaje artificial que podamos elaborar, es el modelo cuya indagación permite elaborar lenguajes formales cada vez más complejos. Pero este decisivo cambio de orientación se aplicaba, al principio, de modo principal a la sintaxis y de modo tangencial al léxico. Sólo en las versiones posteriores de la teoría estándar la radicalización del planteamiento chomskiano conduce a considerar el léxico de un modo mucho más implícitamente semiológico (como conjunto de instrucciones sintácticas aglutinadas en una lexía) que, como un signo fijo de un correlato cuya afirmación o negación es posible interpretar según valores de verdad.

Insinuó que Chomsky ha evolucionado hacia el estructuralismo funcional de tipo de saussureano, más que lo contrario. En *El conocimiento del lenguaje*, el léxico, en tanto lexía potencialmente designativa, contiene mucho más desarrolladas las propiedades que permiten seleccionar o no seleccionar adecuadamente otras lexías para formar combinaciones sintagmáticas correctas. Dicho de otra manera, las reglas o instrucciones a partir de las cuales las combinaciones entre palabras resultan gramaticalmente procedentes o improcedentes reflejan propiedades inherentes a la composición léxica. Y esto es justo lo que se requiere para un tratamiento semiológico sistemático del léxico y para prescindir de una caracterización positivista de la sintaxis como de un conjunto de reglas de combinación distintas y oponibles a una semántica funcional de la constitución de la lengua.

Una vez que se ha concebido así la estructura léxica, ya no tiene sentido distinguir entre sintaxis, semántica y pragmática. Sencillamente, no hay lugar para la semántica concebida como semántica de funciones veritativas, si resulta que el léxico no se concibe como un correlato de un término del mundo sino como una función combinatoria que, a partir, de su propia constitución, selecciona, rige o excluye la posibilidad de combinarse congruentemente con otras palabras. Pero esta idea, hacia la que parece evolucionar Chomsky tras un largo proceso de refinamiento de su teoría inicial, era el punto de partida de la noción de saussureana de «lengua». Eso significa que las palabras léxicas (y las no léxicas) son clasificables a partir de su constitución interna, de la articulación sintáctica por la que un conjunto de elementos significativos se organiza como un sistema de lengua, y no a partir de sus relaciones con correlatos del mundo término a término, como pretendía el neopositivismo lógico. Como se realiza esa correlación entre términos de lengua y datos del mundo no es ya un problema de semántica sino de pragmática. Lo que queda es, lengua, por un lado, y mundo, por otro. El asunto de la interrelación entre unidades de mundo y unidades de lengua es, en suma, de naturaleza pragmática, no semántica. Idea que también comienza a abrirse paso entre los pragmatistas. No hay otra semántica que la de la lengua ni hay, como dijo Jespersen, una

sintaxis que no sea un estudio semántica de las funciones más abstractas de la lengua.

Muchas de las distinciones y aclaraciones que Chomsky se ve forzado a exponer, a veces con un tono que parece resultar provocativo, como si tratara de resquebrajar estereotipos teóricos muy consolidados, son problemas que se plantean a Chomsky, porque tiene que enfrentarse con una tradición intelectual viciada, aportada, en partes iguales, por el positivismo lógico y el conductismo. Chomsky interpreta, toda otra teoría lingüística como una manifestación neopositivista o conductista, reduciéndola de tal modo a una mera variante de teorías que, con razón, rechaza, que prejuzga lo diferencial de cualquier otra teoría, aunque sea explícitamente antineopositivista o anticonductista, como si fuera una manifestación de lo que rechaza de su propia tradición neopositivista o conductista.

Las limitaciones de muchos estudios del lenguaje en Norteamérica están llenas de descubrimientos similares, de los que no hay conciencia de que se trata de meros redescubrimientos en el caso de que no sean, como a veces ocurre, más que repeticiones simplificadas de criterios ya consolidados en otras perspectivas teóricas. Me refiero, por poner un ejemplo, a las ideas de Lakoff y Johnson sobre la condición metafórica del lenguaje. Para la tradición teórica norteamericana, los planteamientos lingüísticos europeos son poco conocidos o frecuentemente malinterpretados; o sea, interpretados como si fueran precedentes o contiguos de las tradiciones que contribuyeron a forjar las propias teorías que tienen que rectificar.

Concretando algo más, Chomsky trata el conductismo o inductivismo como el arquetipo de ciencia occidental, simplemente, porque es arquetípico en la tradición norteamericana. Interpreta a De Saussure en términos no de saussureanos, y la concepción semiológica de la significación como si fuera una variante de la teoría de los signos de Morris. Pero no sólo no es una variante sino que es incompatible con esa teoría. Así, no hay modo de entender bien a De Saussure. Conste, no obstante, que la frecuencia con que se malinterpreta entre

Europeos a De Saussure en términos de *La teoría de los signos* es casi tan general como en los Estados Unidos y, a veces, tan reduccionista como la chomskiana. Es muy frecuente, para dejar constancia de un ejemplo expresivo, que se confunda el análisis semántico del signo de Katz y Fodor como una versión del análisis del contenido del signo en De Saussure.

Procediendo de esa manera, el estructurofuncionalismo se concibe como una manifestación del conductismo y no como lo que es, un paradigma teórico ajeno y, en muchos casos, irreductible a éste. La causa de este frecuente equívoco procede de que muchos, tanto en Europa como en los Estados Unidos, aceptan la sugerente, esquemática, aunque teóricamente improductiva distinción neopositivista entre sintaxis, como teoría de la relación entre los signos, semántica, como teoría de los valores de verdad, y pragmática, como teoría del uso de los signos. Tan difícil resulta comprender, dentro de esta tradición, que asignar a un signo un valor de verdad es usarlo y, por tanto, un asunto pragmático y no semántico. No hay sitio, en suma, en un análisis funcional y semiológico del contenido del lenguaje, para concebir que el problema de verdad o falsedad de un signo (un enunciado cualquiera) pueda considerarse asunto pragmático y no semántico.

Es de naturaleza pragmática, porque el problema semántico se refiere a la constitución interna del lenguaje y de los productos significativos y al modo como globalmente un sistema de lengua se corresponde con una determinada, y en parte, arbitraria clasificación del mundo. Para el paradigma teórico semiológico, no hay distinción entre sintaxis y semántica. La sintaxis es sólo el plano más abstracto en que puede considerarse la organización del valor semántico de los signos lingüísticos. Esta diferencia es decisiva, pues separa rotundamente al estructurofuncionalismo de aquellas actitudes conductistas que inducen a Chomsky a invertir, con toda legitimidad, adoptando una actitud a veces provocadora, y a veces defensiva, la relación de precedencia que entre lenguaje natural y lenguaje formal (considerando a éste un modelo para la rectificación o

perfeccionamiento de las impurezas de aquél) estableció el positivismo desde Hobbes.

En un lenguaje formal hay distinción entre sintaxis y semántica, porque las reglas de formación y de combinación de los enunciados son dadas de antemano a los signos combinables, los cuales están, también de antemano, definidos para ser usados. Pero, en un lenguaje natural, las reglas de combinación son, por utilizar un término chomskiano, *proyecciones* de los mismos signos combinables, los cuales, por otro lado, son signos «proyectivos». Esto equivale a decir que tienen, tan abstracta como se quiera, una función semántica. Se comprende, por eso, el énfasis puesto por Chomsky en su última versión de la teoría estándar ampliada en el principio de proyección, la teoría de la X con barra y otros módulos del conocimiento lingüístico. En efecto, la proyección de X, un elemento de lengua, a X', un elemento en tanto aparece en una relación sintagmática, es una manifestación de las propiedades semánticas de X. En términos semiológicos, podría decirse que es la manifestación del carácter *virtual* de un elemento de lengua en tanto es comprendido como una función semántica independientemente de su uso (cualquiera que sea el nivel de uso que se considere, o sea, en tanto valor aislado y no en tanto aparece como elemento de una combinación con otros elementos de la lengua en un estrato virtual de combinación).

LA SEMÁNTICA VERITATIVA Y EL LENGUAJE NATURAL

Si concebimos el léxico como una organización sintáctica, el problema de la verdad y falsedad, que según la teoría de Tarskise refiere a la jerarquía semiótica de los niveles lingüísticos, no puede formularse solamente como «'la nieve es blanca' es verdadera si es verdad que la nieve es blanca», porque, en un lenguaje natural, al contrario de lo que ocurre en un lenguaje formal, los términos «nieve» y «blanco» no están predefinidos independientemente de las reglas que rigen su combinación. Ninguna jerarquía lingüística que tenga por base una explicación de la verdad para un lenguaje natural puede considerar éste como un lenguaje objeto cuyos términos estén

formalmente definidos en un metalenguaje. El problema de la verdad en un lenguaje natural ha de afrontar el hecho de que tanto las reglas como el sentido de los términos quedan definidos mediante el propio uso de los términos, y que no hay ningún otro principio alternativo en el que se pueda basar una definición de léxico. Por tanto, «'la nieve es blanca' si es verdad que la nieve es blanca y si por «nieve» y «blanco» entendemos lo que haya establecido una comunidad de lengua». Pero «lo que haya establecido una comunidad de lengua» no es una definición lógica de «blanco» y «nieve», porque la definición lógica no puede quedar condicionada por un valor social, pero el uso comunitario de «blanco» y «nieve» es previo a cualquier definición particular que se haga de ese uso, y la definición lógica es un uso particular del que se espera una adhesión universal que nadie puede garantizar que se produzca. La «comunidad de lengua» no prescribe definiciones de significados, sino que los regula sintácticamente, en la medida en que sean socialmente útiles, y los transmite históricamente.

Los regula sintácticamente, porque tiene que haber algún proceso de regulación del significado que no sea el de la definición a priori del contenido léxico. Por tanto, lo que hay que explicar, desde el punto de vista del lenguaje, es lo que la teoría formal da por explicado: qué propiedades implica que en una comunidad de lengua se entienda por «nieve» y «blanco» lo mismo para toda la comunidad y en qué condiciones o con qué limitaciones hay que aceptar que se entiende «lo mismo» y no otra cosa diferente que puede variar de miembro a miembro. Esto significa que entender el significado de «nieve» o de «blanco» exige una teoría de los procesos de constitución semántica a través de la interacción lingüística, una teoría que se fije, más que en la definición de lo que ha de entenderse por un término léxico (cosa imposible de conseguir, porque nunca habrá forma de evitar que cada miembro de la comunidad entienda por un término lo que entiende y no lo que deba entender), en las *diferencias* que han de *excluirse* de los distintos modos de entender un mismo término para captar lo que, efectivamente, se entiende en común excluyendo lo diferencial. Se trata, pues, del valor semántica *invariante* o común a los miembros de la comunidad, excluyendo las variaciones de ese valor que pueden coexistir entre distintos modos de entenderlo en distintas

circunstancias por distintos miembros de la comunidad. Y esta es, en términos neopositivistas, una explicación de naturaleza pragmática, que nunca será reductible a una explicación de asignación formal de valores de verdad o falsedad a un contenido léxico definido apriorísticamente o cuyo valor se presuma como invariable y no como el núcleo invariante de una serie no previsible de variaciones.

Hay en esto muchos aspectos importantes. El primero de ellos es el relativo a por qué hemos de presuponer que hay una invariante conceptual común, a la que llamamos *significado funcional de lengua*. No se puede comprender sin una teoría de la comunicación y sin una teoría de la facultad lingüística. Que hay una facultad capaz de captar reglas lógico formales y de aplicarlas, es obvio. Por eso, la lógica formal, la matemática y las ciencias formales son universales. Una teoría de la comunicación requiere comprender el proceso por el que se llenan de contenido, mediante la interacción lingüística, las regulaciones formales de la lógica y de la matemática. Los supuestos básicos pueden encontrarse en el principio de cooperación de Grice que, sea dicho de paso, no es más que una versión moderna del principio de sociabilidad de Aristóteles. Asignamos un sentido a un signo, porque necesitamos comunicarnos con el otro, dado que, sin su colaboración, somos socialmente incapaces de abastecernos a nosotros mismos. En la infancia no podemos autoalimentarnos. En la madurez necesitamos del intercambio de bienes y servicios para que nuestras acciones tengan un rendimiento racional. Somos seres sociales, a la vez que individuales. Ser social significa no ser autosuficiente como individuo. Por ello, porque no somos seres autárquicos, necesitamos comunicarnos, y de esa necesidad surge el instrumento adecuado para realizar tal propósito: el lenguaje. Ser individual significa que nuestra facultad lingüística es independiente de la de cualquier otro individuo con el que podemos establecer una comunicación de tipo lingüístico. A la vez que la lengua está «perfectamente en la masa...» está simultáneamente «depositada en el cerebro de cada uno.» Pero los modos de estar no son equivalentes. De manera que la lengua está en la masa «perfectamente» como conjunto de invariantes, mientras que en cada cerebro están los invariantes más las variaciones

individualizadas, los modos particulares de «depósito», o sea, las variaciones derivadas del uso particular.

FACULTAD DEL LENGUAJE Y SISTEMA DE LENGUA

¿Hay que interpretar, entonces, que estamos identificando la lengua de saussureana con la competencia chomskiana, entendida como facultad lingüística innata? Matizaremos nuestro punto de vista. Estamos proponiendo que no hay incompatibilidad teórica entre ambos conceptos, pero no que el reparto o explicación que se haga del funcionamiento del lenguaje en nombre de una sea similar al que pueda hacerse en nombre de la otra. Veamos algunos aspectos en que es posible mantener la coincidencia de criterios.

Los argumentos que expone Chomsky sobre la existencia de una facultad distintiva de la especie humana de la que depende la habilidad lingüística parecen, en algún grado, contundentes. Conste que la decisión de si existe o no alguna facultad innata intelectual, espiritual o lingüística (si es cierto que el lenguaje es la expresión del *logos*, como decían los griegos, podemos suponer que los términos «espiritual» y «lingüístico» pueden utilizarse sinonímicamente en algunos contextos), tiene una importancia filosófica decisiva para la concepción global del sentido de las ciencias humanas y para la concepción del hombre como ser *naturalmente* diferenciado del resto de la especie animal. Por tanto, lo que está aquí en juego es un problema de fundamentación global cuya interpretación, en tanto científica, nos excede, ya que su alcance es de carácter filosófico. Lo único que podemos hacer, recogiendo en esto la sugerencia de Chomsky, es exponer una teoría explicativa que dé razón, sin pérdida de coherencia interna, de los fenómenos que han de explicarse. A nuestro juicio, si el lenguaje es productivo, y no parece que actualmente haya quien dude de ello, es necesario que la teoría dé cuenta de por qué lo es. Si no hay actividad mental en cada individuo, no hay producción. Y si esa actividad no fuera homogénea, los productos no podrían ser regularmente interpretados. De modo que la hipótesis acerca de la existencia de una facultad activa parece, en

principio, más probable, por ser de mayor alcance explicativo, que su contraria, la hipótesis asociacionista.

El punto de vista que adoptamos es que, aun aceptando los argumentos de Chomsky, no nos vemos obligados a aceptar sus conclusiones. El argumento de Chomsky es de carácter filosófico. Ofrece una vía de respuesta tanto al problema cartesiano de cómo la subjetividad puede sintetizar el dualismo sicofísico que el propio cartesianismo presupone, como al problema positivista de como un conjunto de percepciones puede coexistir en un sujeto que se concibe positivísticamente como efecto de las percepciones y de las circunstancias. Es obvio que el positivismo no puede explicar la actividad subjetiva que, sin embargo, presupone. No puede explicarla porque, según su hipótesis básica, el sujeto es efecto de sus percepciones y no hay modo de, a través de datos positivos, acceder a una causa subjetiva de la que se presume que es el efecto de los datos. Pero presupone lo que su propia hipótesis no puede explicar. De hecho, no hay ningún positivista que niegue, al menos en su vida práctica, que los sujetos sean sujetos y no meros aglomerados de afecciones ocasionalmente asociados en determinadas circunstancias casualmente favorables. En este sentido, la facultad lingüística de Chomsky es una especie de sujeto trascendental kantiano, con la ventaja de que, en lugar de ser construido por la artificiosa y empírica deducción trascendental, es postulado como explicación de una serie de fenómenos que resultarían incomprensibles si se prescindiese de ese postulado. Chomsky pone particular empeño en mostrar, y puede decirse que demuestra, que la actividad lingüística es *productora*, es decir, que el fenómeno lingüístico, el modo como un aprendiz de la lengua recoge datos para confeccionar un producto a partir de los datos recogidos, no puede explicarse si se parte del principio positivista de que la subjetividad es sólo el resultado o efecto de las afecciones en circunstancias dadas. Para que sea productiva, la subjetividad tiene que disponer de una estructura a priori; de otra manera, sería un producto de sus productos, lo cual es ininteligible. Si los hechos no pueden explicarse de este modo, habrá que adoptar otro principio para su explicación. Se trata, por tanto, de una hipótesis 'postulada' por exigencias de la adecuación empírica de una teoría

científica que trata de ser explicativa de los fenómenos objeto de su ámbito de estudio.

Aceptado el razonamiento de Chomsky, nuestro punto de vista consiste en afirmar que el funcionalismo estructural no sólo no es incompatible con dicho postulado, sino que ha de presuponerlo por imperativos derivados de la necesidad de articular su propia consistencia teórica. Pero admitir que Chomsky tiene razón al presumir que la síntesis subjetiva no puede ser un producto de sus afecciones no implica que tenga razón en que el único modo de organizar explicativamente los datos sea el que propone. Si tomamos la palabra a Chomsky, resulta que la mejor teoría explicativa será la que dé mejor razón de los hechos con menos contenido 'postulado'. Si encontramos un modo de reducir el contenido de la postulada facultad lingüística, sin que por ello se pierda el alcance explicativo de la teoría, entonces la teoría que adoptemos será más simple, pero tan explicativa como la chomskiana. Nuestro punto de vista va a que es posible reducir la facultad de lenguaje a mera facultad lógica y prescindir de que la naturaleza lingüística de los principios que Chomsky aplica como inherentes a la facultad lingüística sean distintos de los de la lógica formal. Lo que varía, y explica que los productos sociales, los sistemas de lengua sean distintos, son las circunstancias y contenidos a los que han de aplicarse los principios lógicos para procesar el mundo empírico. Que haya una mente con la facultad de aplicar principios de lógica a la experiencia significa que hay un sujeto previo a las afecciones y que no es un efecto de la asociación de los datos de los que no puede ser efecto sino causa. Así se aceptan los argumentos chomskianos sobre la «facultad», y aunque se la desprovee de parte de su contenido, no se limita su alcance explicativo. En síntesis, Chomsky atribuye al contenido de la 'facultad' más de lo necesario, pero disminuye la importancia de la «habilidad del lenguaje» más de lo conveniente. Podemos considerar que la «facultad del lenguaje» es la capacidad innata para organizar lingüísticamente los datos de la percepción como una «estructura lingüística», es decir, como una lengua en sentido de saussureano, a partir de la aplicación de principios lógicos formales que constituye la competencia o facultad psicológica innata, a la sistematización de esa

experiencia en la lengua y a la organización de productos lingüísticos (discursos, textos) a base de combinar coherentemente el sistema de lengua mentalmente organizado. La «lengua» es, pues, un sistema subyacente al producto lingüístico (como decía Hjelmslev: no hay texto sin lengua subyacente) y la facultad lingüística o competencia es el sistema de principios formales innatos cuya actividad explica que la lengua pueda organizarse como un sistema subyacente a sus productos. De esta manera la pregunta sobre qué se conoce del lenguaje cuando se aprende a usarlo no tiene por respuesta que el conocimiento lingüístico sea un conjunto de principios y de reglas específicamente lingüísticos, como inicialmente lo eran las reglas de transformación, sino lógico formales, que la interacción social, al religar los principios con la experiencia dentro de una comunidad de lengua específica, transforma en sistema lingüístico. Las reglas del lenguaje son producidas por la interacción entre sujetos lógicos que, por ser distinta su experiencia del mundo y su habilidad expresiva, son sujetos lingüísticos. La sintaxis de la lengua es producida por la interacción de sujetos lógicos cuya experiencia del mundo es diversa y cuyos desarrollos psicológicos son diferentes.

¿Es necesario ampliar más el campo de lo postulado? En lugar de responder de un modo directo a la pregunta, tal vez sea preferible acotar el problema. De lo que se trata es de determinar qué principios o reglas aplica la mente para eliminar la redundancia que sería necesaria, si nuestra memoria fuese un tipo de memoria literal. Se trata, pues, de una función económica. De economía del esfuerzo memorístico. La estructura léxica del sistema de lengua responde a ese patrón según el cual nuestra mente limitada procesa el mínimo necesario para obtener el máximo rendimiento, siendo el máximo rendimiento un producto lingüístico que también se elabora por aplicación de las mismas reglas por las que se retiene en la memoria limitada un sistema de lengua también limitado y que sólo puede ponerse en tensión en su conjunto de un modo en que la memoria literal no tiene presente el conjunto del sistema, sino sólo lo que necesita *tener in praesentia*, mientras que el resto permanece en la mente *in absentia*. La eliminación de lo redundante y la acumulación de información nueva en el producto lingüístico puede realizarse

mediante reglas de tipo universal que sean propiamente lingüísticas para cada lengua particular y que, en sus aspectos más abstractos, coincidan con una posible gramática universal. Hasta dónde llega esa gramática universal, si excede las reglas formales de la lógica o si incluye principios abstractos de naturaleza lingüística o sea sintáctica, es un asunto hipotético. Es posible que Chomsky tenga razón al proponer que su sistema de módulos y principios constituya esta gramática universal subyacente pero, mientras sea posible explicar el proceso de producción del lenguaje sin tener que recurrir a ellos, será preferible hacerlo.

Chomsky se rebela contra los argumentos que insisten en que recurriendo a la facultad lingüística y al 'conocimiento psicológico del lenguaje' está subordinando la selección de los datos empíricos a los intereses hipotéticos de su explicación. Esta es, en esencia, la discusión que mantiene con Dummet. Convincentemente, arguye: Alguien que crea que esta clase de comprensión es simplemente una habilidad práctica, alguna clase de destreza, nos debe una explicación sobre la naturaleza de esa habilidad o destreza; de otra forma, la propuesta es vacua. Si tomamos la palabra a Chomsky y le exigimos la explicación sobre la facultad lingüística, podríamos distribuir el peso de las pruebas de un modo diferente de como él lo hace. Si todo cuanto pueda ser explicado en términos de «habilidad lingüística» no necesita ser explicado en términos de «facultad del lenguaje», entonces no es necesario suponer que las reglas gramaticales sean innatas, si suponemos que son efecto de la interacción de sujetos provistos de una facultad lógica cuyas experiencias difieren tanto como sus circunstancias.

Siendo común la facultad lingüística -o lógica-, la interacción social entre sujetos dotados de la misma facultad de raciocinio asegura un umbral mínimo de comunicación a través del lenguaje, pero siendo diferentes las habilidades, las diferencias de educación y de constitución psicológica permitirán distinguir entre un grado de adecuación o de aproximación a una norma ideal de corrección gramatical y un umbral que, transgredido, convertiría a la incorrección en incomunicación. El hecho patente de que no todos los miembros de

la comunidad de lengua usan con la misma destreza y habilidad social el instrumento lingüístico quedaría, de esta manera, explicado por la teoría, la cual podría, además, proporcionar un criterio normativo acerca de qué quiere decirse cuando se afirma que un uso del lenguaje es más correcto que otro, y qué hay que entender cuando se propone educar a alguien que conoce una lengua en el uso correcto del lenguaje.

Este no es un asunto baladí. Parte del supuesto de que el individuo humano, aunque provisto de una facultad individual es, en sí mismo, limitado y requiere, por ello, la cooperación social para que su desarrollo, como individuo, sea socialmente integrable en un proceso común de cooperación. La posesión de la facultad lingüística puede explicar que todos sepan usar la lengua con un mismo grado de eficacia en las circunstancias comunes del mundo de la vida cotidiano o para lo que nos es natural y culturalmente común como «forma de vida». Esta expresión es de Kripke, y la tomo de Chomsky, pero, en lo que entiendo, está bastante relacionada con la noción husserliana de «*lebenswelt*» y, en un sentido amplio o metafórico, como también la interpreta Chomsky, con la noción aristotélica de «naturaleza». Así, habría dos sentidos para la expresión «forma de vida». Primero la de «*lebenswelt*» o «mundo cotidiano de la vida», aquel entorno en que culturalmente nos hallamos situados por pacer en una determinada comunidad de lengua, en una familia, en un ambiente espiritual específico. Y, en segundo lugar, la de «naturaleza» en sentido aristotélico, si entendemos esta expresión aun más radicalmente -como lo hacen Chomsky y Kripke- prescindiendo de las diferencias culturales para admitir sólo lo que nos es «naturalmente» común a todos los miembros humanos de la especie en cuanto poseedores de una constitución biológica que participa de una misma naturaleza, porque pertenece a una previa naturaleza o «mundo natural» con la que también nos comunicamos (y que nos hace gradualmente física, biológica y animalmente comunes con lo físico, lo biológico y lo animal de la naturaleza común, de la que forma parte todo ser material por el hecho de que su ser natural forma parte de la naturaleza material).

DEL PROBLEMA DE PLATÓN AL PROBLEMA DE ORWELL

Pues bien, podríamos distinguir entre la facultad universal del lenguaje como lo inherente a nuestra constitución biológica, la «competencia» chomskiana, y la norma cultural como efecto del aprendizaje y la cooperación, la «lengua» de saussureana. Todo cuanto lingüísticamente sea explicable en términos de «lengua» y de interacción social no será necesario explicarlo en términos de principios de una «facultad lingüística», y viceversa. Evidentemente, el componente mínimo de principios de que ha de estar provista una «facultad del lenguaje», una «competencia» chomskiana, es el compuesto por principios lógicos. No otra cosa venía a enseñar Aristóteles, como consecuencia de su examen de lo que Chomsky denomina «problema de Platón». El hombre es un ser social por naturaleza. Aunque Aristóteles incluía en «naturaleza» muchos aspectos que hoy día excluiríamos y calificaríamos de «culturales», entre otros, la manifestación del lenguaje, la respuesta de Chomsky basada en la noción de «forma de vida» de Kripke no difiere, en esencia, de la de Aristóteles. La «facultad lingüística» es lo que nos permite interpretar un aglomerado de efectos como un principio de operaciones, es decir, como un sujeto humano, como una persona racional capaz de actuar con responsabilidad moral y no como un mero producto de las circunstancias sociales. Si la mente es productiva porque los hechos lingüísticos son producidos, entonces la mente no es un producto de circunstancias, un efecto o manojito de sensaciones, sino una facultad productora, un agente de producción, y si ese agente es material, pertenece a la naturaleza material pero no como efecto de la materia que la constituye sino como principio constitutivo que, naturalmente, organiza su materialidad.

Si la organización material y genética faculta al hombre para hablar, podemos decir que la facultad lingüística pertenece a la naturaleza de la constitución material del hombre. Por naturaleza, al contrario de los demás animales, es capaz de expresar un sentido de lo justo y de lo injusto por medio del lenguaje, de comportarse racionalmente supeditando sus instintos a las exigencias de la moralidad. El lenguaje es la expresión material o sensible de esos

principios de la racionalidad que, presumiblemente, constituyen la esencia lógica subyacente a todo comportamiento humano. Si estamos en nuestro derecho de suponer que todo individuo trata de comportarse racionalmente cuando actúa como individuo humano, también estamos en nuestra obligación de dar una respuesta al hecho patente de que los individuos difieren en el grado racional de su comportamiento, de manera que unos son más racionales, más eficaces y más morales que otros, dentro de alguna perspectiva que tenga relación con la cooperación social.

Por referirnos a Platón, como gusta a Chomsky, hay que dar alguna explicación a la observación de Sócrates en el *Gorgias* y otros diálogos de que «el ignorante resulta, entre ignorantes, más convincente que el conocedor». Es decir, por qué y en qué condiciones, aunque su opinión o su interés sean generalizadamente compartidos, los ignorantes, aun siendo tan racionales como los prudentes o los sabios en cuanto poseedores de una facultad racional, no la ejercitan más racionalmente aunque presumen que lo hacen cuando argumentan que la mayoría entiende y piensa como ellos. Debemos poder explicar por qué el mundo de los imbéciles, aunque resultare siempre más poblado que el de los sabios, el de los mediocres que el de los héroes, el de los vulgares que el de artistas y el de los mezquinos que el de los santos es, con todo, menos racional y, por ello, repudiable en algún sentido y en condiciones que podrían objetivarse a la luz de un examen racional. Lo aseguró el poco dudoso David Hume, cuando dijo que «la gente común, es decir; toda la humanidad excepto unos pocos, al ser ignorante e ineducada, nunca eleva su contemplación a los cielos».

Si se acepta este punto de vista, que es la solución aristotélica y socrática al problema de Platón, disponemos ya de un principio para tratar subversivamente lo que Chomsky denomina «problema de Orwell», es decir, el de la manipulación de la mayoría democrática a través de la imposición de los «dogmatismos democráticos» mediante los mecanismos de la «propaganda» y del «control ideológico» de la verdad por la «religión estatalista». El asunto tiene, entonces, un trasfondo moral y político. Afecta al sentido mismo de nuestra

concepción del significado en las sociedades que denominamos democracias y permite introducir y vislumbrar, mediante la referencia a la naturaleza, algún resquicio de racionalidad más alta que la adoptada por consenso democrático, una brecha a partir de la cual se pueda criticar y repudiar por no ser congruente con la racionalidad natural, una norma moral, aunque sea adoptada democráticamente por la mayoría.